

LOS FALSOS FUNDAMENTOS DEL CRISTIANISMO

(Fragmento)

Todo hace pensar que los fundadores de esta secta guerrera de Qumram, animados por los numerosos profetas que durante los dos siglos anteriores a Cristo avisaron por aquellas tierras de la inminente llegada del Mesías que había de hacer que el “pueblo elegido” conquistara el mundo entero, debieron de separarse de los pacíficos esenios para preparar a conciencia tal conquista. Su disciplina seudomilitar y sus planes de guerra así lo avalan. Pero, ¿pudieron influir en el origen del cristianismo? Según el experto español antes citado es muy posible que muchos miembros de la comunidad de Qumram pudieron influir —de palabra e incluso con ayuda de algunos de aquellos manuscritos— tanto en los autores de los Evangelios como en los otros libros del Nuevo Testamento. De hecho, se reconocen muchísimas cosas, incluso formas literarias como la de las bienaventuranzas, así como la idea de un mesianismo sacerdotal, la expresión “hijo de Dios”, la justificación por la fe y la paternidad de Dios, que parecían originales del cristianismo y que ahora se saben eran corrientes en la cultura religiosa de la época. En el rollo de la guerra se dice que los pobres de espíritu tienen un poder y, significativamente, la comunidad de Qumram estaba gobernada por doce personas y un Maestro de Justicia.

También en Qumram se celebraban algunos ritos que, posteriormente, se convirtieron en sacramentos de la Iglesia, lo que revela que, dentro de aquel revuelto mundo judío, surgió una secta que “acabará convirtiéndose en una religión, enfrentándose con la misma religión judía”. Una religión, la cristiana, que se enriquecería de la influencia de sectas tan dispares como la pacífica esenia y la guerrera de Qumram, tal y como se refleja en las propias enseñanzas contradictorias del Nuevo Testamento, porque de igual manera que Jesús dice que hay que poner la otra mejilla, también dice que el reino de Dios lo conquistarán los violentos.

Pero, a pesar de la inmensa cantidad de manuscritos hallados en Qumram —escritos muchos de ellos en vida de Jesús— ninguno menciona para nada a Cristo, por más que los hechos presuntamente por él protagonizados debieron de llamar poderosamente la atención de aquella próxima y expectante secta judía.

Lo que sí parece seguro es que los mensajeros qumramistas que fueron a anunciar la llegada inminente del Mesías se vestían con pieles de animales y comían langostas y miel silvestre, como Juan el Bautista; del mismo modo que la dialéctica ardiente y amenazadora del Bautista, con metáforas como la de la “paja quemada con fuego inextinguible”, recuerdan sobremanera otras similares halladas en Qumram, como la de una “antorcha encendida en una andana de grano”.

Pero esta proliferación de mesías y sectas no quiere decir que, en aquella época, no hubiera también un buen número de judíos que, en vez de creer en Yahvé, preferían seguir adorando a las tradicionales divinidades de Oriente Medio: Baal, Astarté, Tammuz —que daba nombre a uno de los meses primaverales—, Adonis —a quien se adoraba posiblemente en la misma gruta donde nació Jesús—, etcétera.

Además de lo ya comentado, los rollos encontrados en Qumram demuestran que el exorcismo, la brujería, la curación de enfermedades mediante talismanes, la invocación de espíritus telúricos y otras prácticas aborrecidas por el judaísmo ortodoxo tenían una gran aceptación entre los contemporáneos de Jesús. En uno de los manuscritos se alude a la forma de exorcizar demonios y se atribuye a Abraham la facultad mágica de curar a los posesos mediante el tacto y amuletos de piedra, una práctica muy difundida entre los pueblos que adoraban al dios Baal. Por supuesto, es irresistible comparar tales prácticas con los poderes terapéuticos que se le atribuyen a Jesús en los Evangelios, donde “colocar las manos” es un sinónimo de curar.

© Gerardo Muñoz Lorente